



El poder del lector

Miguel A. García

El mundo digital es autocelebratorio. Con *bits* celebra la conversión de todo a *bits*. Los elogios provienen tanto del sector privado que encuentra en los sistemas digitales una inagotable fuente de ganancias, como de las instituciones públicas y ONGs que hacen más eficientes los servicios y la administración de sus documentos mediante la transformación digital. En nuestro imaginario no tiene cabida un apagón digital, sino un intrigante y encomiado desarrollo tecnológico que, en el campo de lo cotidiano, evoluciona del dispositivo móvil a la *wearable technology* y, particularmente en el de la música, entre muchos impensables derroteros, evoluciona del cuerpo real al holograma y a nuevas formas de creación, participación y deleite –Hatsune Miku es un buen ejemplo de esto último.

Pero no todos son elogios: también con *bits* –y con tinta sobre papel– se erige una perspectiva crítica hacia el mundo digital. Una expresión radical de esa crítica, focalizada en la comunicación, se encuentra en el libro *Frentes digitales. Totalitarismo tecnológico y transcultura*. Su autor, Antonio García Gutiérrez (2016), realiza una invectiva a la comunicación digital que rememora la teoría que Herbert Marcuse (1993 [1954]) expuso en la década de 1950 en torno al concepto de hombre unidimensional. Para García Gutiérrez, la tecnología digital es un “instrumento usado estratégicamente por el poder económico, ideológico y político ‘glocal’ para controlar los substratos de las voluntades favoreciendo una comunicación sin límites, lógica y técnicamente mediada, con la pretensión de ocupar la totalidad de la existencia ofreciendo espejismos y ensoñaciones de progreso y libertad [...] mediante relucientes y deseados dispositivos portátiles cuando, en realidad, no se vislumbra en el horizonte más que mayor vigilancia, control, adoctrinamiento, consumismo, alienación e involución” (9-10).

Dado que el medio digital –tanto en su expresión académica como no-académica– se convirtió en la condición necesaria de las investigaciones en música, la disyuntiva entre una visión autocelebratoria y otra apocalíptica debería ser materia de un vivo debate. Muy probablemente, una discusión que sopesara esas perspectivas reconocería en ambas argumentos sólidos. Una de las bondades del medio digital está relacionada con la circulación del conocimiento y, en particular, con la escritura y la lectura. El medio digital es no solo recipiente y vehículo del resultado de las investigaciones sino también un entorno que rige las condiciones bajo las cuales las investigaciones se gestan, se desarrollan y se difunden. Es decir, su presencia es más que una



extensión protésica de las rutinas de investigación. Particularmente, el medio digital ha establecido nuevas condiciones de lectura y escritura de las que dan cuenta neologismos tales como los de “ciberhabla”, “cibertexto”, “cibertextualidad”, “tecnolectura”, “tecnoescritura”, “palabra electrónica”, “hipertexto”, entre muchos otros. A casi dos décadas de que Manuel Castells (2001) propusiera la expresión *La galaxia internet*, el tráfico de información digital ha desbalanceado nuestro doble oficio de lectores y escritores, pues ha potenciado la hermenéutica de la lectura frente al acto de escribir. Ampliemos esta idea.

Internet ofrece acceso a un caudal de información que no tiene precedentes en cuanto a su dimensión, velocidad de crecimiento, facilidad de acceso y disponibilidad de mecanismos de búsqueda. No hay texto –artículo, libro, obra multimedia, etc.– que se encuentre fuera de la influencia de la *World Wide Web* o que sea indemne a alguna instancia digital. En consecuencia, no hay texto ajeno a una masa de información que crece de manera vertiginosa. Previamente a ser plasmados en un texto y/o en el transcurso de la conformación misma del texto, los datos de una investigación y su procesamiento suelen ser ampliados, corroborados y/o contrastados de cara a esa masa de información. En especial, contribuyen a esta rutina la cuantiosa diversidad de expresiones musicales que albergan sitios como *Youtube*, el acceso abierto a publicaciones periódicas y el aumento de la accesibilidad a fondos audiovisuales. Mientras que con anterioridad a la constitución definitiva del texto todo es –o debería ser– ebullición, diálogo, transformación y reafirmación, el texto acabado implica, en cierta medida, un cierre, pues por naturaleza la escritura responde a una teleología que culmina en la cristalización de las ideas. Es evidente que un autor puede reformular las ideas que expresó en tal o cual texto, pero a no ser que quiera dejar esa reformulación en el reino de la oralidad, deberá volver a expresar sus nuevas ideas por escrito, es decir, a través de otra práctica de cristalización.

Las ideas cristalizadas en textos pasan a estar disponibles para lectores que utilizan la información que ofrece internet para evaluar su veracidad, coherencia, originalidad y/o fecundidad. Ese es el momento en el cual el lector adquiere un poder sobre el texto mucho mayor al que poseía en la era pre-digital, pues sin moverse de su silla y con una simple secuencia de *clicks* podrá encontrar ejemplos que validen su contenido, contraejemplos que lo pongan en duda, otros textos que le permitan evaluarlo como original, relativicen su originalidad o, incluso, lo facultan a considerarlo como plagio. Asimismo, es muy probable que el entorno digital permita al lector conocer el contexto académico e intelectual al cual pertenece el texto, como así también obras anteriores del mismo escritor que le permitan hallar congruencias o incongruencias en su pensamiento. El riesgo es patrimonio exclusivo del escritor. El lector aventaja al escritor en la medida en que tiene a su disposición una masa de información, en teoría, mayor y en que su evaluación ocurre, habitualmente, en ausencia del escritor. El poder del lector lo conocen muy bien varios altos funcionarios de países centrales que vieron cómo sujetos ávidos por debilitar su poder o por el simple hecho de ejercer la labor periodística, utilizaron la red para desenmascarar irregularidades en sus títulos universitarios y también los evaluadores de artículos académicos que participan en el sistema de evaluación ciega de pares, entre otros.

Hacer investigación implica ocupar sucesivamente las posiciones de lector y escritor. Se trata de un juego circular: las fragilidades y/o fortalezas que reconocemos en textos ajenos nutren

nuestros propios textos que, sometidos al juego hermenéutico de otros lectores, evidencian también fragilidades y/o fortalezas. Esto es, sencillamente, lo que llamamos “crítica”. La cantidad de información que proporcionan las redes digitales puede ser una gran aliada de la crítica. Una de las muchas preguntas a la que conduce la disyuntiva planteada en los dos primeros párrafos es si en un futuro cercano el mundo digital propiciará condiciones que favorezcan el pensamiento crítico o devendrá en un instrumento del poder económico, ideológico y político capaz de hacer de sus usuarios sujetos acrílicos. Dejo al lector, con todo su poder, para responder o ampliar este interrogante, apenas esbozado, y para evaluar este editorial como así también los artículos, reseñas y entrevista que componen esta nueva entrega de *El oído pensante*.

Referencias

- Castells, Manuel. 2001. *La galaxia internet*. Barcelona: Plaza & Janés Editores.
- García Gutiérrez, Antonio. 2016. *Frentes digitales. Totalitarismo tecnológico y transcultura*. Salamanca: Comunicación social.
- Marcuse, Herbert. 1993 [1954]. *El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*. Buenos Aires: Editorial Planeta.



Editorial / Editorial / Editorial

The Power of the Reader

Miguel A. García

The digital world is self-celebratory. It celebrates with bits the conversion of everything into bits. The compliments come both from the private sector which finds in digital systems an inexhaustible source of profits, as well as from public institutions and NGOs which make services and the administration of their documents more efficient by means of the digital transformation. In our imaginary there is no room for a digital blackout, but for an intriguing and praised technological development which, in the field of everyday life, evolves from the mobile device to wearable technology and, particularly in that of music, among many unthinkable paths, it evolves from the real body to the hologram and to new forms of creation, participation and delight –Hatsune Miku is a good example of the latter.

But it is not all compliments: a critical stand towards the digital world is rising, also with bits –and with ink on paper. A radical expression of that criticism, focusing on communication, can be found in the book *Frentes digitales. Totalitarismo tecnológico y transcultura*. Its author, Antonio García Gutiérrez (2016), carries out an invective against digital communication which recalls the theory which Herbert Marcuse (1993 [1954]) expounded in the decade of the 1950s around the concept of one-dimensional man. To García Gutiérrez, digital technology is “an instrument strategically used by the ‘glocal’ economic, ideological and political power to control the people’s will substratum by favoring unlimited, logical and technically mediated communication, with the intention of occupying the totality of their existence by offering progress and freedom mirages and dream states [...] by means of shiny and desired portable devices when, in reality, nothing but greater surveillance, control, indoctrination, consumerism, alienation and involution can be seen in the horizon“ (9-10).

Given that the digital medium –both in its academic and non-academic expression– has become the necessary condition in research into music, the dilemma between a self-celebratory and an apocalyptic vision of it should be the subject matter of intense debate. Most probably, a discussion which weighed up those two perspectives would recognize solid arguments in both of them. One of the strengths of the digital medium is related to the circulation of knowledge and, in particular, to writing and reading. The digital medium is not only recipient and vehicle of the result of research but also an environment which rules the conditions under which research is generated, developed and spread. That is to say, its presence is more than a prosthetic extension of research routines. Particularly, the digital medium has established new reading and writing



Los trabajos publicados en esta revista están bajo la licencia Creative Commons Atribución- NoComercial 2.5 Argentina

conditions which neologisms like “cyberspeech”, “cybertext”, “cybertextuality”, “technoreading”, “technowriting”, electronic word, hypertext, among many others, bear witness. Almost two decades after Manuel Castells (2001) proposed the expression *The Internet Galaxy*, digital information traffic has unbalanced our double role as readers and writers, as it has potentiated the reading hermeneutics as compared to the act of writing. Let’s expand this idea.

The Internet gives access to a flow of information which has no precedent as to its dimension, growth speed, ease of access and availability of search mechanisms. There is no text –article, book, multimedia work, etc.– outside the influence of the World Wide Web or unscathed by any digital instance. As a consequence, there is no text alien to a mass of information which grows vertiginously. Prior to being used in a text and/or during the making itself of the text, research data and their processing are usually enlarged, corroborated and/or contrasted against that mass of information. In particular, the enormous diversity of musical expressions which sites like *Youtube* contain, the open access to periodic publications and the increase in accessibility to audiovisual collections contribute to this routine. Whereas prior to the making of the definitive version of a text, everything is –or should be– excitement, dialogue, transformation and reaffirmation, the finished text means, to a certain extent, a closing, as by nature writing responds to a teleology which culminates in the crystallization of ideas. It is obvious that an author can reformulate the ideas expressed in this or that text but, unless they want to leave that reformulation in the realm of orality, they will have to express their new ideas in writing again, that is to say, through another crystallization practice.

The ideas crystallized in texts become available to readers who use the information that the Internet offers to evaluate its veracity, coherence, originality and/or fecundity. That is the moment when the reader acquires a much bigger power over the text than they used to have in the pre-digital era as, without rising from their chair and with a simple sequence of clicks, they will be able to find examples which validate its contents, counter examples which question it and other texts which will enable them to evaluate it as original, relativize its originality or even allow them to consider it as plagiarism. Also, it is most probable that the digital environment will allow the reader to know the academic and intellectual context to which the text belongs, as well as previous works by the same author which will allow them to find consistencies or inconsistencies in his or her thought. The risk is exclusive property of the author. The reader surpasses the author to the extent that they have, in theory, a bigger mass of information at their disposal, and that their evaluation usually occurs in absence of the author. The power of the reader is well known by several high rank officials from central countries who saw how individuals avid to weaken their power or by the simple fact of exercising their journalistic job, used the net to unmask irregularities in their university degrees and also by evaluators of academic articles who participate in the system of blind peer review, among others.

Doing research involves occupying the position of reader and writer successively. It is a circular game: the weaknesses and/or strengths which we recognize in other writers’ texts nurture our own texts which, subjected to the hermeneutic game of other readers, also evidence weaknesses and/or strengths. This is simply what we call “criticism”. The quantity of information which digital networks provide can be a great ally of criticism. One of the many

questions to which the dilemma mentioned in the first two paragraphs leads is whether in the near future the digital world will propitiate conditions which favor critical thinking or will become an instrument of the economic, ideological and political power capable of making its users uncritical individuals. I leave it to the reader, with all their power, to answer or widen this question, barely outlined, and to evaluate this editorial as well as the articles, reviews and interview which make up this new issue of *El oído pensante*.

References

- Castells, Manuel. 2001. *La galaxia internet*. Barcelona: Plaza & Janés Editores.
- García Gutiérrez, Antonio. 2016. *Frentes digitales. Totalitarismo tecnológico y transcultura*. Salamanca: Comunicación social.
- Marcuse, Herbert. 1993 [1954]. *El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*. Buenos Aires: Editorial Planeta.